

El día que le conocí me hizo inmensamente feliz. Enfermedad de Crohn, dijo el doctor; no tenía ni idea de lo que significaba, pero vaya si lo celebré. De esa mañana de otoño del 2002 también recuerdo que, ante el contraste que suponía la cara de preocupación y tristeza de mis padres con la felicidad que a mí me invadía, para lo único que yo, un crío de doce años, abrí la boca fue para preguntar si eso significaba que me iba a morir. Tras la negativa del médico volví a un estado de tal felicidad que ignoré el resto de su explicación. Esa alegría tenía sentido: la presencia del Crohn descartaba de manera tajante el temor que me invadía en aquellos meses: ¿me estaré volviendo loco?

Dolores abdominales. Vómitos y diarreas. Picos de fiebre. Visitas al hospital. Ingresos. Vías, sueros y goteros. Pruebas y más pruebas médicas. Dieta absoluta. Leve mejoría. Dieta blanda. Alta hospitalaria. Ninguna respuesta. Vuelta a empezar. Habité ese bucle durante meses; aún tengo escalofríos cuando pienso en ello. Ante la ausencia de una explicación médica, sentir la sombra de la duda cayendo sobre mí en forma de constantes preguntas acerca de si me preocupaba algo o tenía problemas en el colegio fue lo que hizo que empezase a dudar de todo: de mí mismo el primero. Sentía y sufría cada dolor abdominal, cada vómito y visita al baño; nunca dudé que algo me pasaba, pero razoné que, si tras decenas de pruebas parecía no encontrarse nada raro, entonces la causa de todos mis males debía residir en mi cabeza. Y me convencí de ello. No creo que nunca sea capaz de poner en palabras lo que vivir todo aquello supuso para mí. Ahora soy capaz de ver que la enfermedad se presentó de manera sincera, avisando desde el primer momento de algo que descubriría con el paso del tiempo: su compañía iba a ser un reto enorme a nivel físico, pero mucho mayor a nivel psicológico.

Aquella felicidad me duró poco. La inocencia y, porqué no decirlo, la ignorancia, me llevaron a pensar que el diagnóstico significaba el fin de todos mis males: no podía estar más equivocado. En aquellos años no era muy común detectar enfermedad de Crohn a gente de mi edad por lo que el equipo médico procedía con cautela y ante cada nuevo brote o cambio de tratamiento me reconocía abiertamente que no tenía ninguna referencia de cómo podría evolucionar en mí la enfermedad; hoy agradezco su honestidad, aunque en aquel momento solo fuese una fuente de frustración. Lo único que odié más que esa sinceridad fueron los bienintencionados “tranquilo, todo va a ir bien” que me repetía la gente sin cesar; me limitaba a asentir en silencio, mientras sentía como por dentro me inundaba de rabia. No puedo contabilizar las horas que pasé preguntándome que por qué a mí, qué iba a pasar conmigo o si algún día podría ser uno más, no “el chaval del

Crohn". Con el tiempo entendí que no me martirizaba tanto la enfermedad como la incertidumbre; me sentía un explorador avanzando a machetazos por una selva inhóspita, sin saber a dónde se dirige, sin nada a lo que agarrarse.

Eso era lo que tanto quería y necesitaba: poder hablar con alguien que hubiese pasado por lo mismo, que se abriese y se sincerase conmigo. Alguien que me explicase que por mucho que asumas el significado de "crónico", cada aparición de un nuevo brote iba a tambalear tu mundo, pero que también me asegurase que esos malos momentos no duraban eternamente. Que me enseñase que dónde solo habitaban la rabia y la negación, con el tiempo habría lugar para la aceptación: que aprendería, quizá no a quererlo, pero sí, al menos, a tolerarlo. Que insistiese en que para llegar hasta ese punto habría que esforzarse y trabajar mucho en uno mismo: la tentación de recurrir a la enfermedad siempre como excusa para desempeñar el papel de víctima sería grande, pero aún mayor sería la satisfacción al demostrar que padecer una enfermedad no implica necesariamente vivir como un enfermo. Alguien que me sorprendiese afirmando que durante buena parte de mi vida los problemas que me iban a quitar el sueño serían los mismos que los de cualquier otra persona de mi edad y clase social. Que me advirtiese de que la presencia del Crohn alejaría a cierta gente de mí y que, por mucho que en un principio me doliese, con el tiempo entendería que estaba bien porque gracias a cada uno de los que sí se quedó descubriría que una vez que encuentras la amistad sincera no te conformas con sucedáneos. En definitiva, alguien al que preguntar si de verdad merecía la pena pasar por todo aquello. Pero no existía ese alguien.

Por eso hoy, veinte años después, escribo estas líneas. Para los que escuchan la palabra Crohn y no saben a qué atenerse; para esos familiares y amigos que reciben el diagnóstico con miedo o preocupación; para los adolescentes a los que la incertidumbre provocada por su enfermedad les roba horas de sueño. Y sobre todo, por y para mí: pensar que mi testimonio puede resultarle útil a las personas que ahora recorren el mismo camino que yo he transitado me ayuda a encontrarle sentido a todo lo vivido. Porque muchos años después encontré respuestas a mis preguntas. Hoy puedo afirmar que soy uno más de ese 1% de la población que padece una enfermedad inflamatoria intestinal, así como uno más de los millones de personas que intentan, y con el tiempo consiguen, salir adelante en la vida. Y lo más importante: ahora sé que pertenecer al primer colectivo, no te excluye del segundo: nuestra enfermedad no nos impide ser uno más. No siempre ha sido sencillo, pero hoy puedo asegurar que todo el esfuerzo mereció la pena.

